

VERSION ESPAGNOLE ET THÈME

I : VERSION

Ortega pasó un mal domingo. El sentimiento de la propia soledad que de pronto le había explotado, como un artefacto, a las once de la mañana en el Retiro, le persiguió durante todo el día desfigurando todos sus hábitos minuciosos y pacíficos, volviéndolo todo insatisfactorio, como un dolor de muelas. Y por más que Ortega se hacía a sí mismo reflexiones de este género : « Es como un dolor de muelas. Es un malestar pasajero », el sentimiento de la soledad no se iba, sino que se acrecentaba con el calor del día, con el almuerzo en la cafetería refrigerada, con la visión, tantas veces desdeñada, de parejas aparentemente felices, que, a su alrededor, hablaban animadamente, reían por cualquier cosa. Decidió volver a casa después de comer, ducharse, encender el ventilador, echar la siesta. Procuró tranquilizarse pensando que era su día libre, que disponía aún de toda una tarde, que era agradable echar la siesta hasta las seis y media e irse luego al cine. Pero todas estas imágenes con su secuela de pequeñas gratificaciones posibles, envenenadas por la soledad, le resultaban insípidas. Todo se sumaba a la soledad en una gigantesca batahola enmudecida, una rompiente de gestos apagados, como un único gesto reproducido indefinidamente. Como un enfermo, tendido en la cama, se decía Ortega : « Esto pasará. Tiene que pasar. Ya está pasando. Dentro de unas horas, cuando me duerma y mañana temprano cuando me levante, todo esto habrá pasado. Un domingo de verano que me he dejado arrebatado por los diablos que todos llevamos en el cuerpo. » Pero estas reflexiones (al fin y al cabo accesos de soledad análogos había sufrido Ortega ya muchas veces antes) no lograban apartarle de la idea más fuerte y que menos se atrevía a explicitar directamente : el que todo aquello proviniera, al fin y al cabo, directamente de la aparición de Quirós y del consuelo que su compañía le había proporcionado. « No puedo convertir a este chico en un consuelo, en un antídoto contra mi soledad que es sustancial y no hay quien la deshaga. » Pero repetir estas frases sólo servía para hacer aún más deseable la compañía del muchacho.

Así que cuando Quirós al día siguiente, nada más volver Ortega de la oficina, le llamó por teléfono, se sintió desmesuradamente alegre. Ya al oír el teléfono, tuvo un sobresalto de gozo, como un reflejo condicionado. « Creí que sería una equivocación » le dijo a Quirós, después de saludarle. « ¿Por qué iba a ser una equivocación ? », quiso saber Quirós. Y Ortega se echó a reír, no sintiéndose capaz de resumir en una sola frase telefónica toda la complejidad, y al mismo tiempo, toda la simplicidad de sus sentimientos en aquel instante.

Álvaro Pombo, *Los delitos insignificantes*, 1986.

II : THÈME

La mère ne lui posait aucune question sur son emploi du temps. Il n'y avait que Carmen qui s'intéressait à elle. Souvent, elle lui demandait, à défaut d'autre chose, de lui raconter les films qu'elle avait vus. Elle lui donnait de l'argent pour le lendemain. Elle était inquiète à son propos et plus la disparition de Joseph se prolongeait, plus elle s'inquiétait. Parfois même elle s'angoissait. Qu'allait-elle devenir ? Il fallait, répétait-elle, il était indispensable que Suzanne sache quitter la mère, surtout si Joseph ne revenait plus.

-Ses malheurs, à la fin, c'est comme un charme, répétait-elle, il faudrait les oublier comme on oublie un charme. Je ne vois rien que sa mort ou un homme, qui pourrait te la faire oublier.

Suzanne trouvait Carmen un peu élémentaire dans son entêtement. Elle lui cachait qu'elle ne se promenait jamais plus dans le haut quartier. Elle ne lui avait pas raconté sa dernière promenade, non pas qu'elle eût décidé de la taire mais parce qu'elle n'aurait pas pensé qu'elle pût être racontée. Aucun incident ne l'avait en effet marquée et Suzanne n'imaginait pas encore que l'on pût se faire confiance d'autre chose que d'événements concrets. Le reste était honteux ou trop précieux, en tout cas, impossible à dire. Elle laissait dire Carmen qui ignorait encore, qui ignorait que la seule humanité qu'elle osait affronter était celle mirobolante, rassurante, des écrans.

Lorsque Suzanne rentrait, Carmen l'entraînait dans sa chambre, et la questionnait. La chambre de Carmen était le point faible de son existence. Elle avait résisté à bien des choses dans la vie, mais pas au charme des divans croulants sous des coussins peints à la main, aux pierrots et arlequins, vestiges de bals anciens, accrochés au mur, aux fleurs artificielles.

Marguerite Duras, *Un barrage contre le Pacifique*, 1950